

El problema del método en el pensamiento filosófico cultural de Raúl Roa García

The problem of method in the cultural philosophical thought of Raúl Roa García

MSc. Juana Marta León Iglesias, <http://orcid.org/0000-0002-3824-2641>

jmliglesias.1984@gmail.com

Universidad de Pinar del Río Hermanos Saíz Montes de Oca, Cuba

Resumen

El presente artículo propone un acercamiento a los criterios de Raúl Roa García en torno a la cuestión del método en las ciencias sociales, así como a las categorías con las que construyó su aprehensión de la cultura. El estudio se realizó a partir de un análisis hermenéutico y heurístico de sus principales obras escritas entre 1940 y 1958, período donde se concentró el grueso de su producción teórica. Ello permitió determinar que su concepción de la cultura se sustenta sobre bases teóricas y metodológicas diversas, sobre las que construyó su forma de aprehender la complejidad de la cultura y sus mediaciones. En el debate suscitado en torno al método apropiado para las ciencias sociales, Roa apuesta por una concepción unitaria que supere la tradicional y excluyente división entre ciencias de la naturaleza y del espíritu.

Palabras clave: cultura, episteme, método, ciencias sociales.

Abstract

This paper aims an approach to the criteria of Raúl Roa García around the question of method in social sciences, as well as the categories with which he built his apprehension of culture. The study was carried out from a hermeneutic and heuristic analysis of his main works written between 1940 and 1958 was carried out, a period where the bulk of his theoretical production was concentrated. This made it possible to determine that his conception of the culture is based on various theoretical and methodological bases, so on that it built its way of apprehending the complexity of culture and its mediations. In the debate about the appropriate method for the social sciences, Roa opts for a unitary conception that overcomes the traditional and exclusive division between natural and spiritual sciences.

Keywords: culture, episteme, method, social sciences.

Introducción

La historia del pensamiento latinoamericano y cubano es la de los intentos por construir un episteme filosófico que dé cuenta de la ontología del ser del continente. En este sentido, la comprensión de la cultura, en tanto producción de prácticas y sentidos, ha ganado centralidad en los discursos científicos elaborados desde el siglo XIX. Un análisis de esta producción teórica permite reconocer que la importancia explicativa que se le ha concedido a la cultura ha estado mediada por factores de diversa índole, entre

los que pueden contarse las circunstancias políticas, las ideologías y los valores asociados a estas.

En Cuba, en el período que abarca desde la instauración de la república en 1902 hasta el triunfo revolucionario de 1959, proliferaron los estudios en torno a la cultura. Se trataba de la continuación de los esfuerzos por comprender la identidad nacional y los factores que contribuyeron a formarla, y que tuvo en el siglo XIX auspiciosos comienzos (Hernández, 2020). Sin embargo, la vuelta sobre la cultura también se relacionó, en el contexto de la mediatización republicana, con la necesidad de oponer un valladar a la intromisión norteamericana, así como reivindicar una noción de país que permitiera la salvación de la crisis nacional, cuyos efectos trascendían el plano político para abarcar el de los comportamientos, valores y sensibilidades.

En este esfuerzo, que se tradujo más en ensayos y artículos periodísticos que en tratados científicamente irreprochables, se evidencia la influencia de corrientes filosóficas y sociológicas de diferente matiz y color político. (Rodríguez, Rodríguez, Guillot y Lugones, 2020). Por ello, el debate en torno al método apropiado para el estudio de la cultura rebasa el marco de la reflexión filosófica, en tanto su relevancia está dada por los condicionamientos éticos y políticos que subyacen tras la reconstrucción e interpretación de cuestiones tan relevantes como la lectura del pasado histórico de la nación o la conformación de la cubanidad.

Entre los pensadores cubanos que destacan en el periodo, se encuentra Raúl Roa García. A casi cuarenta años de su fallecimiento en 1982, la memoria histórica cubana lo sitúa, fundamentalmente, como cronista de la revolución del 30 y canciller del gobierno revolucionario. A estos roles, o precisamente por ellos, Roa une un legado como fecundo intelectual orgánico, y si bien su pensamiento político destaca en su obra, resulta necesario poner en valor la forma en que concibió y difundió la cultura, cuyo análisis atraviesa toda su obra y constituyó una de sus preocupaciones fundamentales.

En la presente investigación se propone un acercamiento a las concepciones de Raúl Roa, relativas a la forma en que debían accederse al conocimiento en las llamadas ciencias de la cultura. Ello constituye un punto de partida para determinar de qué categorías específicas se vale en su propia obra para tal fin, y qué significado adquieren las mismas en su ejercicio intelectual. Para ello, se realizó un estudio hermenéutico y heurístico de las principales obras publicadas escritas entre 1940 y 1959, en particular, *Historia de las Doctrinas Sociales*, texto este que, por su finalidad pedagógica, acoge con mayor claridad sus criterios en torno al tema.

Varios son los autores que se acercan a la personalidad de Raúl Roa, desde aristas tan diversas como su actuación como revolucionario, periodista, profesor universitario, promotor cultural y diplomático. En los últimos años, destaca la revalorización de su trayectoria intelectual y política (Oramas, 2017; Pérez, 2020), así como la actualización del debate en torno a su peculiar forma de decir en tanto expresión de cubanía (Kindelán

y Gutiérrez, 2019). Aunque anterior en el tiempo, la investigación desarrollada por Fajardo (2010) constituye un referente insoslayable, en tanto propone un profundo análisis de la formación del episteme filosófico político de Raúl Roa. La exposición de las categorías y principios desde los que construyó sus análisis políticos sirven de guía metodológica para los resultados que se presentan.

El análisis del pensamiento filosófico cultural de Raúl Roa García cobra vigencia en el contexto actual, cuando los estudios del pensamiento cubano están dirigidos a la defensa de la identidad cultural nacional. En ese sentido, la presente investigación parte de la necesidad de indagar en el universo cosmovisivo del autor para determinar cómo desde las diferentes dimensiones de su pensamiento, se articula una filosofía de la cultura que tiende al desarrollo humano individual, grupal y social. Ello implica una contribución al conocimiento de la tradición cubana de fusión entre pensamiento teórico y acción práctica, desde la obra de uno de los más conspicuos pensadores cubanos del siglo XX.

Desarrollo

¿Cómo acceder al conocimiento de la cultura? Posicionamientos metodológicos en la obra de Raúl Roa

El problema del método para la construcción del conocimiento en las llamadas ciencias del espíritu no era un asunto menor, en tanto la filosofía neokantiana, que tuvo durante las primeras décadas del siglo XX una importante difusión e influencia en el pensamiento occidental, declaraba que la distinción metodológica entre ciencias nomotéticas e ideográficas se establecía en función de la diferencia entre sus objetos de estudio (Juárez, 2016). La dualidad expresada en la contraposición entre la comprensión y la explicación, suponía desligar al hombre de su condición de ser biológico antes que social, y por tanto, consideraba la naturaleza humana como producto exclusivo de la interacción y la convivencia, lo cual soslaya los condicionamientos y determinaciones que el entorno físico ejerce en la socialidad del individuo, y en el propio proceso de individuación.

Raúl Roa toma partido por el carácter científico del estudio de la cultura y la sociedad. Se muestra contrario a la artificial dicotomía que escinde al hombre de su componente natural. En este sentido, reconoce que “el mundo de lo social es solo aprehensible, como el mundo de la naturaleza, por el método científico, que en uno y otro mundo opera con categorías distintas por la diversa índole de la realidad de su objeto respectivo de conocimiento (...) La dualidad en que se expresa y concreta su existencia no niega ni contradice la unidad sustantiva que es” (Roa, 2001, p. 11). Esto permite afirmar su reconocimiento de la base biológica que permite que el ser humano desarrolle cultura, así como los lazos difusos que se establecen entre lo natural (dado) y lo cultural (creado), para cuya aprehensión se precisa de un método capaz de establecer la relación dialéctica que se produce en la realidad, y de la cual los enfoques excluyentes y rígidamente dicotómicos, solo pueden dar cuenta de manera parcial y sesgada.

Aunque con objetos de estudio y métodos diferentes, el devenir de la cultura y la sociedad solo puede aprehenderse mediante un proceso de integración metodológica que dé cuenta de su carácter holístico. Si bien Roa plantea que el método para el estudio de las ciencias de la cultura es el método histórico, se diferencia de Dilthey y sus seguidores en que su cosmovisión no pretende conocer la cultura a partir de identificar las conexiones de esta con la conciencia humana, sino que se propone su análisis como producto y expresión de las relaciones humanas que tienen lugar en una circunstancia y espacio determinado: por tanto, la cultura no es fruto de una ideación del hombre, sino manifestación concreta, dialéctica e históricamente situada, en constante relación con el mundo físico. Así, explica:

El carácter autónomo que presenta este mundo creado y regido por el hombre como ser social no implica, ni puede implicar una emancipación total del mundo físico. Las leyes generales del universo imperan también soberanamente en él y, en consecuencia, forman asimismo parte de su vida los fenómenos de la naturaleza. Ni el clima, ni el medio geográfico, ni la necesidad de alimentación, ni el instinto sexual son hechos de la cultura; pero sí condiciones fundamentales de su desarrollo. Las técnicas inventadas por el hombre para defenderse del clima, explotar el suelo, satisfacer sus apetencias tróficas, y regular el instinto sexual, sí pertenecen al reino de la cultura. Vivir sometido a la naturaleza fue la condición específica de desenvolvimiento de la vida puramente zoológica del hombre. Erguirse contra ella y ponerla a su servicio el punto de partida de su vida social y cultural. En este hecho radica, precisamente, lo que distingue el proceso dialéctico natural del proceso dialéctico humano: sujeción inexorable al ritmo biológico en aquel; en éste intervención de la conciencia como factor de evolución. Y este hecho resuelve también definitivamente el problema que no pudieron superar Dilthey, Windelband y Rickert al escindir artificialmente al hombre de la naturaleza (Roa, 2001, p. 12).

En este sentido, Roa sustenta el criterio de que el conocimiento que se obtiene en las ciencias de la cultura debe estar basado en supuestos objetivos y científicamente rigurosos, lo cual no implica precisamente una simpatía por las concepciones positivistas. Lo que pretende es armonizar el relato resultante de una reflexión exclusivamente hermenéutica (Primeró, 2018), con la información empírica obtenida de la experimentación y observación social, que le permiten contrastar y ajustar sus miras de estudio. El hecho de que considere que el objeto de las ciencias de la cultura es “lo que al hombre y a la sociedad le han pasado en su devenir y cómo y por qué le han pasado” (Roa, 2001, p. 12), permite plantear que no solo pretende valorar el desarrollo histórico de la actividad humana, sino también hallar los elementos que permanecen y que se erigen en regularidades y “leyes” de ese devenir, aun comprendiendo que las leyes en la sociedad humana, precisamente por el carácter mutable de estas organizaciones, no son semejantes a las que rigen la naturaleza.

Todo esto permite afirmar que, para Roa, las categorías comprensión y explicación se integran y retroalimentan. Se trata de un proceso de límites difusos dotados de un fuerte

componente axiológico: en ello descansa el fundamento de una postura que aparta su metódica de los postulados positivistas. Este componente axiológico se expresa en la toma de posición del analista frente al objeto a aprehender, lo cual supone situarse desde la circunstancia específica y desde los valores que defiende en su condición humana e intelectual.

El análisis de las formas específicas en las que Roa accede al conocimiento de la cultura le permite atender a su carácter complejo. En este sentido, a partir de su apropiación del método histórico su obra se dirige a dar respuesta a dos tareas: 1) establecer las genealogías de la cultura occidental, a partir de considerar dónde se encuentran las permanencias, mestizajes y rupturas de los procesos culturales en la larga duración, y sobre esta base; 2) conocer la naturaleza, estructura y mediaciones y causas que subyacen tras los procesos culturales de la sociedad que le fue contemporánea, de manera que la cultura pueda devenir recurso para la emancipación social.

La base sobre la que Roa constituye su arsenal metodológico es el materialismo dialéctico. También en cuestiones de método se muestra selectivo: su posicionamiento se enriquece con otras perspectivas, incorporadas a partir del principio de utilidad, que es el que, a la manera martiana, le permite incorporar o rechazar aquellos elementos que le permiten comprender, explicar y transformar la sociedad.

Entonces, ¿cómo Roa aplica sus concepciones metodológicas al estudio concreto de la cultura? Roa estudia la cultura a partir del método histórico. Por ello, la comprensión deviene la categoría que le permite la aprehensión, en tanto implica la fusión entre el conocimiento teórico, con toda su carga axiológica, y la experiencia vivida, proceso este resultante de reconocerse a sí mismo como portador de cultura y en tal sentido, parte del objeto que se desea conocer. La simbiosis entre conocimiento empírico y teórico sirve de basamento para acercarse a la aprehensión del sentido de los fenómenos, lo cual conlleva a su toma de posición en cuanto al deber ser o no de los objetos, procesos y hechos de la cultura que analiza. En tal sentido, comprender implica para Roa, determinar el ideal y reconocer la distancia que media entre este y la forma en que realmente se manifiestan los fenómenos, seleccionar el instrumental teórico, concebir los conceptos y categorías necesarias para el análisis, resignificarlas y contextualizarlas si la aprehensión previa de la realidad así lo requiere.

La historicidad que confiere al estudio de la cultura posibilita que reconozca las continuidades y rupturas que marcan su devenir. En este sentido, analiza el desarrollo de los ordenamientos sociales de la civilización occidental, con el fin de hallar los hilos que han conducido la evolución del pensamiento y las prácticas sociales, políticas y culturales de la humanidad. Para Roa, el pasado es un *continuum* que dialoga constantemente con el devenir presente y futuro de la humanidad. En este sentido, explica:

Nada es inmutable en este mundo. Todo está en él la estructura social, el Estado, la técnica, el arte, la relación jurídica, la religión, la familia, la propiedad, el

régimen de trabajo, la razón humana haciéndose y deshaciéndose, integrándose y desintegrándose, afirmándose y negándose. El ser y el devenir constituyen así fases recíprocamente condicionadas de un mismo proceso real y temporal, en el que todo fluye del pasado y va hacia el futuro, en el que todo es sustantiva y estructuralmente histórico. Tampoco nada es inmutable en el mundo de la naturaleza; pero mientras en este el dinamismo que lo rige tiene su raíz en la índole misma de la materia que lo forma, en el mundo de lo social es producto de la actividad del hombre, es fuerza motriz creada por él mismo (Roa, 2001, p. 11).

Roa toma en cuenta cómo a través de la historia, los elementos biológicos y ambientales han condicionado la actividad humana y sus expresiones culturales, sin que ello haya sido obstáculo para que se desarrollara lo que Reale (2006, p. 41) ha denominado el poder nomotético del espíritu, es decir, la capacidad de innovar, sintetizar e imaginar contenidos novedosos que, en cada proceso histórico, conducen a nuevas determinaciones éticas, estéticas y económicas.

La historicidad de los fenómenos culturales implica, en Roa, la aceptación de su relatividad. En este sentido, asume el criterio de que, como producto históricamente condicionado que es, la interpretación de la cultura y los valores que esta genera pueden variar según la circunstancia y experiencia del sujeto cognoscente. Ello le lleva a reconocer que las ciencias de la cultura se distinguen de las ciencias naturales en que el valor es característica inseparable del objeto de estudio de las primeras. La comprensión como clave de su hermenéutica, le permite arribar a una interpretación en la que se sintetizan nuevos significados. Ambos procesos están atravesados por un fuerte componente axiológico, en tanto precisan de la toma de posición del analista frente al objeto a analizar, toma de posición que implica situarse desde su circunstancia y desde los valores que defiende su condición humana e intelectual. El acto de interpretar y por ende, generar significado, también está dotado de fuerte carga valorativa.

La comprensión también implica, para Roa, asumirse portador de una cultura específica que se reconoce en su universalidad, y en tanto tal, situarse en una posición ideológica desde la que analiza su experiencia concreta: por ello, su interpretación busca las formas viables desde las que su marco referencial dialoga con el proceso cultural cuyas lógicas internas busca desentrañar. El hecho de que su intelección pretenda reflexionar en torno al rol del individuo en la historia de la cultura y analizar las regularidades que marcan el desarrollo cultural de las colectividades humanas a partir de sus conexiones con el contexto en que estas tuvieron lugar, marca un paso de avance en la formación de su episteme filosófico cultural.

Al afirmar que el análisis de la cultura debe reconocer su historicidad, Roa asume las categorías de continuidad, discontinuidad (o ruptura) y superación con las que, desde Hegel y hasta Benedetto Croce, se concebía el movimiento de las sociedades en el tiempo. El empleo de estas categorías le sirve como hilo conductor para establecer los rasgos generales del devenir de la cultura universal, sus mutaciones y transculturaciones. Mediante ellas, logra localizar dónde se encuentran las permanencias, quiebres y regularidades del desarrollo de las civilizaciones en Occidente, lo cual significa hallar los aportes que cada pueblo o formación económica social lega a las siguientes, así como determinar los elementos que la propia marcha de la historia hace inservibles con vistas al futuro.

Roa asume la continuidad en su cualidad dialéctica, lo cual implica la conservación del pasado en determinados elementos del presente, los cuales tienen en potencia el futuro del proceso histórico (Torres, 2017). Esto le permite concebir los ciclos históricos como procesos inconclusos, en tanto siempre algunas de sus estructuras perviven en los nuevos períodos históricos: en este sentido, el devenir de la cultura resulta del diálogo dialéctico entre tradiciones e innovaciones. Bajo este criterio, atisba la sucesión de las ideas sociales desde la Antigüedad, valora las condiciones que hicieron surgir y decaer a las civilizaciones que las sustentaron, y detecta los legados de cada período histórico, y cómo este es asumido o negado por el orden sociocultural que le sucedió.

De esta manera, cuando fija los caracteres que confieren a la civilización griega su prestigio como fuente nutricia de la cultura occidental, rebate las idealizaciones que hicieron de la antigüedad helénica un mito de paz, democracia y cultura, para finalmente ubicar en qué consiste su aporte a la genealogía de la civilización occidental. En este sentido plantea: “(...) punto de partida de toda cultura ulterior, la griega aporta a la nuestra cardinales hallazgos en el pensamiento y un rico patrimonio de formas estéticas. La cuantía y calidad de ese legado, incorporado al acervo propio de la cultura occidental, que lo asimila y trasciende, es lo que hace a esta deudora perenne de la cultura clásica”. (Roa, 2015, p. 42).

En su metódica de análisis, la ruptura deviene una categoría esencial, porque le permite localizar los elementos novedosos que afloran en el desarrollo histórico de la cultura. La ruptura, en Roa, no es absoluta: logra hallar, en el estudio de los períodos y fenómenos culturales que analiza; cuándo las condiciones económicas y sociopolíticas condicionan la visibilidad de sectores sociales marginados por el poder, y con ellos, el establecimiento de sistemas de valores que rompen los cánones marcados por la tradición. Ello se evidencia en sus juicios relativos a la ruptura que implicó, para su generación, la renuncia a los valores culturales de la burguesía nacional, marcados por su carácter colonialista, su apego a las academias, su desprecio y temor por el pueblo y sus expresiones culturales, y su afinidad por la tesis del arte por el arte y la inteligencia pura.

La categoría de la ruptura o la discontinuidad es un elemento que le aporta unidad a su método. Desde ellas analiza temas medulares de la cultura cubana, en particular, el

desarrollo de las expresiones artísticas y literarias nacionales, la multiplicidad de formas desde las que se asumió el ingente legado martiano, la pervivencia del modernismo y el romanticismo literario, sus connotaciones políticas y estéticas, así como la significación y trascendencia de las vanguardias artísticas y su rol en la lucha social. Dicho esto, puede afirmarse que la categoría de ruptura le resulta esencial para fijar los contornos estéticos de su generación. En este sentido, juzga con severidad a los autores de la generación que le precedió, por considerar que éstos reproducían, con escasas excepciones, moldes estéticos caducos que se correspondían con posturas timoratas ante la corrupción política y la intervención norteamericana. De esta suerte, su análisis estético incorpora una dimensión ética y política (León, 2020).

La idea de superación o síntesis aplica en la metódica de Roa de manera similar a como la concebía la dialéctica hegeliana. Se trata de arribar al estadio superior de interpretación, donde logra conciliar y vertebrar los elementos que en su análisis histórico de la cultura resultan opuestos. Mediante la superación o síntesis, logra integrar dialécticamente las continuidades y rupturas que aprecia en el devenir de la cultura, para arribar a las soluciones que demanda la crisis social de su tiempo, cuya raíz cultural había advertido. De esta manera, la síntesis le lleva a la búsqueda de las esencias de los fenómenos y al reconocimiento de su carácter contradictorio. El proceso de síntesis, en tanto es interpretación, tiene sesgos axiológicos, por cuanto Roa aún dialoga y modela la realidad desde posiciones que le permitan su transformación.

Sobre la base del método histórico, Roa construye su método de manera electiva, a partir de un amplio diapasón de influencias teóricas, no siempre reconocibles, en tanto logra fusionarlas para lograr un ordenamiento coherente que le permita el acceso a la verdad. Las más sobresalientes, entre estas influencias, son la dialéctica materialista y el legado martiano. A partir de esto, su análisis toma en cuenta tópicos como el arte y la literatura como reflejo social, el condicionamiento económico de las expresiones artísticas y literarias como expresión de la conciencia social y el deber social del intelectual, dando lugar a una propuesta que pretende integrar una teoría y un método que revele la cultura como resultante y motivadora de la actividad humana, anclada en la materialidad de sus condiciones de vida.

El marxismo y la herencia martiana confluyen en el pensamiento de Roa, a partir del humanismo que fue característico en ambas propuestas intelectuales. De la coherente asimilación y mestizaje entre ambos, establece las categorías que le sirven de basamento para realizar una mirada a la realidad cubana y universal, donde la verdad aprehendida desde la sensibilidad se complementa en la racionalidad científica. Ello conduce a una reflexión sobre los valores a lograr en la sociedad cubana, pues al asumir el pensamiento decimonónico cubano, del que Martí fue su máximo exponente, Roa propugna una estrecha relación entre la estética y la construcción de un proyecto ético como sustento de la nacionalidad. Precisamente, la reflexión en torno a la cultura de

Roa encuentra uno de sus principales focos de indagación, en la búsqueda de los fundamentos de la identidad cubana.

El estudio de su pensamiento cultural permite afirmar que, para lograr la necesaria síntesis, Roa se vale de las cuatro mediaciones: analogía, diferencia, armonía e identidad, que Fajardo (2010, p. 42) identificó al profundizar en su filosofía política. Las mediaciones mencionadas le permiten organizar y jerarquizar, hallar un orden coherente que dé sentido a la complejidad de un proceso donde las expresiones no son solo fenoménicas, sino que tienen sus determinaciones profundas en la historia, la tradición y las interrelaciones que se establecen en la vida cotidiana, en un devenir de larga duración.

La analogía le permite determinar donde se encuentran los rasgos comunes que marcaron la historicidad de la cultura. Ello le acerca a un análisis de las causas por las cuales, en determinados pueblos con formaciones similares, desde la Antigüedad, florecieron la ciencia, el arte, la literatura y se promovió el conocimiento. En este sentido, se decanta por considerar esos hitos del desarrollo cultural humano como productos concretos de una dialéctica histórica, en la que el individuo, preso en las circunstancias impuestas por la estructura social y espiritual en la que viven, logran, sin embargo, aprehenderla y transformarla. Es la analogía la que le sirve para explicar las continuidades que se presentan en el proceso civilizatorio: mediante ella, determina los elementos que se transmiten y se asimilan entre los pueblos.

Tanto la analogía como su reverso, la diferencia, le posibilitan navegar por las teorías que pretenden expresar la esencia del ser americano. Téngase en cuenta que, desde la independencia de las repúblicas latinoamericanas en el siglo XIX, las diferencias entre el desarrollo económico y sociocultural de las dos subregiones del continente fue explicada a partir de un conjunto de presupuestos, donde destacan las cuestiones geográficas y raciales. De esta suerte, el núcleo donde se centran los debates latinoamericanos de este género se resume en las contraposiciones, situadas a modo de antinomia en el discurso de los letrados de la región, entre civilización y barbarie, y entre imitación y creación. Solo que, si el análisis entre civilización y barbarie tiene, en términos culturales, un potencial descriptivo, la oposición entre imitación y creación expresa, a la par que el estado de cosas en la región, la posibilidad de superar la circunstancia impuesta a América Latina por el colonialismo cultural.

Roa confiere al par civilización y barbarie un significado distinto al que le otorga en su conocida obra, Domingo F. Sarmiento. Civilización y barbarie no significa, para Roa, el contrapunto entre la modernidad de la vida urbana y sus valores pretendidamente universales, opuestos a la ruralidad, la tradición y los valores locales. Tampoco hace referencia a la concepción sociológica de barbarie. En realidad, al plantear la contradicción, Roa invierte los significados de modo que la barbarie implica la ignorancia, el militarismo, el fanatismo y la destrucción del conocimiento, el uso de la ciencia para la aniquilación de la humanidad. Por tanto, la civilización no alude a la nordomanía decimonónica, sino que implica la socialización de la cultura, el

reconocimiento de la tradición, y el enriquecimiento material y espiritual de la humanidad. En esta concepción en que la cultura desborda las fronteras de las naciones y se convierte en patrimonio universal, se establece el reconocimiento del conocimiento ancestral y la creación artística y literaria de los pueblos latinoamericanos. Ello le permite adentrarse en la problemática de la imitación como característica propia y común en la tradición estética de pueblos con pasado colonial, y proponer la creación como meta a alcanzar, de tal suerte que, tanto la expresión artística y literaria, como los valores desde los que se les aprecia, estén en sintonía con los valores auténticamente latinoamericanos. Aunque la autenticidad latinoamericana, como la originalidad de su pensamiento, sean temas que aún generen debates.

En cuanto a la diferencia, esta resulta ser la mediación que le permite identificar las divergencias en la producción cultural, en particular la artística y literaria, al interior de las distintas formaciones sociales, pero también en el devenir del continente y la nación, insertadas en su correspondiente marco histórico. Es el principio que le permite situarse en su condición de latinoamericano y distinguir la imposición de patrones culturales desde un centro que se considera único y privilegiado constructor de la civilización. En este sentido, destaca su afirmación del papel reaccionario que, en su criterio, tuvo la irrupción de las vanguardias artísticas y literarias en América Latina, al considerar que el espíritu renovador de los poetas se vio limitado por las resistencias históricas, el desconocimiento de los fundamentos estéticos de las vanguardias y sus más logrados exponentes, y el carácter retardatario de las instituciones e intelectuales legitimados.

Habiendo pensado los procesos históricos y culturales en términos de analogía (uniformidad) y diferencia (diversidad), la armonía se presenta como el equilibrio que resulta de la tensión entre estas categorías, y que está presente en cualquier cultura. La armonía se entiende a partir de comprender la oposición y la complementariedad de los procesos que se suceden en la historia (Luna, 2016); ello le permite la ordenación y el equilibrio de los elementos múltiples y uniformes al interior del devenir histórico, proceso en el que la diversidad y la uniformidad no se anulan, sino que dialogan entre sí. La armonía es la mediación que le posibilita entender los procesos de confluencias de elementos culturales de distintas procedencias, que se integran en procesos de transculturación dando lugar a culturas que presentan, en su ordenamiento interior, una multiplicidad en la que es posible hallar elementos que resultan unitarios para todos los individuos y colectividades que depositan y reproducen sentido en estas expresiones.

De esta forma, el principio de armonía, concebido como orden y equilibrio entre elementos diversos, aunque no necesariamente opuestos, toma un carácter dialéctico al ser concebido como aspiración a alcanzar, en tanto la esfera de lo social es objeto de constantes transformaciones, que agudizan las interacciones entre lo múltiple y lo uniforme, aunque sobre la base de un sistema que debe mostrar tendencia a la estabilidad y la permanencia en el tiempo. Ello le permite situarse en la complejidad de la cultura y sus múltiples relaciones de efecto y causalidad, así como plantearse el

desequilibrio en el acceso a la cultura como una de las contradicciones que, junto a los desbalances en la distribución de la riqueza (plano económico) y el poder (plano político y simbólico), explican el movimiento histórico de las sociedades y las problemáticas de su presente, a la par que traza el horizonte práctico de su pensamiento.

La búsqueda de la armonía le permite interpretar el desarrollo histórico de la cultura latinoamericana y cubana como una lucha constante para lograr la conquista del propio Ser. El recambio de formas de concebir y apreciar las manifestaciones del espíritu tiene, en Roa, una idea cardinal: la de la oposición entre las viejas sensibilidades atribuidas a la burguesía y la intelectualidad afín con esta, defensoras del academicismo, el elitismo y el apoliticismo en el arte y la literatura y los llamados nuevos, a los que define así, no en virtud de su adscripción generacional, sino sobre la base de la novedad de su propuesta estética. Novedad fundada en el contenido e intensidad con la que es capaz de aprehender la fuerza telúrica de la historia en su movimiento y las aspiraciones de los que consideraba sus hacedores, la clase obrera.

Por su parte, la identidad es la mediación que le permite llevar su análisis filosófico cultural al individuo más que a los procesos en los que este está inserto. Como afirma Fajardo (2010, p. 49), la identidad se concibe en términos de coincidencia dialéctica entre el entendimiento, la memoria histórica y la voluntad de los hombres. En este sentido, la identidad es concreta, en tanto alude a múltiples procesos de negociación que se producen a lo largo del tiempo, en los que el individuo, portador de una cultura que le es propia y a la vez, ajena, concilia o combate las normas socioculturales del entorno y el tiempo en el que desarrolla su existencia.

Desde el entendimiento de la relación individuo-sociedad, se acerca a la comprensión de la memoria histórica que permite al hombre situarse como producto de su tiempo y lugar. La clave consiste en hallar el lugar en el que el individuo es capaz de lograr el equilibrio y aunar diferencias, de modo que es capaz de reconocerse a sí mismo y su circunstancia concreta específica. A partir de este principio se permite indagar en problemáticas de hondo cariz cultural, como la crisis espiritual del ser humano, cuya sensibilidad, según su criterio, se extravía en la artificialidad de la sociedad tecnificada, el desbalance entre las precarias condiciones materiales de existencia de las mayorías populares y el perfeccionamiento de los medios tecnológicos con los que la humanidad ha logrado el incremento de la riqueza, y la paradoja que entraña la construcción de una sociedad que erige como principio un ideal de progreso ascendente, y que resulta incapaz de plantear un desarrollo con rostro humano.

Por demás, la identidad le permite analizar la cultura en su cualidad de totalidad. Plantear el problema desde la memoria histórica, ofrece la posibilidad de analizar cómo el hombre se ve a sí mismo frente a la tradición en los distintos contextos epocales y sociales. También implica acercarse a las formas en las que el ser humano produce sentido, es decir, cultura; a los mecanismos y naturaleza de la hegemonía cultural, y a las formas en las que los individuos y las colectividades resisten, aceptan o transforman la tradición. La cultura, en su más amplia acepción, demuestra poseer contenidos cuyos

significados aprehende, a partir de la síntesis de analogías, diferencias y armonías. En este sentido, la identidad conduce a un análisis concreto donde la cultura se erige como fin a alcanzar, y como mecanismo para salvar la brecha entre la nación realmente existente y el ideal modelado en el ideario martiano.

Es por ello que, para Roa, el objetivo a lograr fue la democratización del acceso a la cultura. Ello implica lograr la inserción de todas las capas sociales a los circuitos donde se socializa el conocimiento, se aprecia y discute el arte y la literatura, se analizan las nuevas ideas políticas y sociales. En el enriquecimiento de la sensibilidad y el goce consciente de sus frutos más elevados se realiza la humanidad, en tanto ésta se distingue del resto de la naturaleza por su capacidad de significar y representar la realidad. En este proceso de consenso necesariamente colectivo, del cual son hacedores — y destinatarios — todos los individuos, Roa se propone comprender los procesos culturales que enajenan la sensibilidad humana en la contemporaneidad, de modo que su propuesta va, del hombre al colectivo, y de este al ser humano.

Conclusiones

El pensamiento en torno a la cultura de Roa se nutre de disímiles fuentes teóricas y metodológicas, entre las que destacan el ideario martiano y la aprehensión del marxismo; herencias que logra hacer confluír dada su esencia emancipadora y humanista. Su aprehensión de la realidad se conforma de manera electiva, en tanto dialoga, contrasta, funde, reconstituye y asimila aquellos elementos que le permiten comprender, explicar y transformar su realidad.

Esta asimilación crítica de influencias teóricas diversas, le permitió proponer una hermenéutica que no pretende arribar a juicios inamovibles, en tanto reconoce que el conocimiento al que es posible arribar está marcado por el relativismo propio de todo acto interpretativo. Ello no implica, sin embargo, la adopción de un nihilismo que niegue toda pretensión de verdad en las ciencias de la cultura.

La concepción metodológica que Roa aplica, le permite comprender el devenir de la cultura a partir de una dialéctica que da cuenta del movimiento histórico de oposiciones como las que se establecen entre las categorías de imitación y creación, evasión y compromiso social, subjetivismo y racionalidad. En estas problemáticas identifica las contradicciones de su época, a las que encuentra solución en la educación y la democratización del acceso a la cultura, cuestiones que ganaron centralidad en su actuación como intelectual.

Referencias Bibliográficas

1. Fajardo, Z. (2010). El pensamiento político de Raúl Roa García. Para una lectura de la filosofía política cubana (Tesis doctoral. Universidad de La Habana). La Habana, Cuba.

2. Hernández, L. (2020). Las ideas estéticas en el siglo XIX cubano. Un acercamiento preliminar. *Boletín de Estética*, 50, 57-92.
3. Juárez, M. I. J. (2016). La interpretación como el problema de la hermenéutica. En García Aguilar, M.C. y Herrera Martínez, A. I (Comp.). *Voces de la cultura. Apertura y transgresión del sentido* (pp. 143-151). Puebla: Facultad de Filosofía y Letras, Benemérita Universidad de Puebla.
4. Kindelán, A. C. y Gutiérrez, A. (2019). Raúl Roa: “la almendra de la cubanía expresiva”. *Apuntes sobre algunas de sus principales obras. Política Internacional*, 1(2), 81-86.
5. León, J. M. (2020). Ética y política en el pensamiento sobre la cultura de Raúl Roa García (1940-1958). *Revista Universidad y Sociedad*, 12(4), 390-398.
6. Luna, F. J. (2016). La unidad de opuestos en Leibniz. *Thémata. Revista de Filosofía*, 53, 13-30.
7. Oramas, O. (2017). Recuerdos de un creador y Canciller de la Dignidad: Raúl Roa García. *Política Internacional*, 26, 132-135.
8. Pérez, H. (2020). Homenaje al Canciller de la Dignidad en su 113 Aniversario. Desordenado, inquieto y brillante: breve aproximación a Raúl Roa García. *Política Internacional*, 6, 29-39.
9. Primero, G. (2018). Crítica a la hermenéutica como marco teórico para las ciencias sociales. *Scientia in Verba Mag*, 2, 7-24.
10. Reale, M. (2006). El concepto de cultura, sus temas fundamentales. En Sobrevilla, D. (Ed.), *Filosofía de la Cultura* (pp. 37-52). Madrid: Editorial Trotta/CSIC.
11. Roa, R. (2001). *Historia de las doctrinas sociales*. La Habana: Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau.
12. Roa, R. (2015). *Viento Sur*. La Habana: Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau.
13. Rodríguez, Z., Rodríguez, Y, Guillot, H y Lugones, A. (2020). La cultura y el pensamiento cubano de la primera década del siglo XX. *Quadrata/Aportes*, 2(3), 13-29.
14. Torres Barrero, L. (2017). Continuidad y discontinuidad: lógica hegeliana y estructura social straussiana. *Revista de Ciencias Sociales*, 70, 27-58.